

España,
aparta de mí
este cáliz

César Vallejo



FONDO EDITORIAL
Universidad César Vallejo

España, aparta de mí este cáliz

© César Vallejo

Primera edición, julio 2018

De esta edición, © Universidad César Vallejo S.A.C.

Av. Alfredo Mendiola 6232, Panamericana Norte, Los Olivos. Lima, Perú

Edición y diseño: Fondo Editorial de la Universidad César Vallejo

Fotografías interiores: Juan Manuel Chávez

Óleo de portada: Gerardo Chávez

Año: 1973

Título: *Zeus*

Formato: 195 x 250 cm

Técnica: óleo s. lienzo

La universidad agradece a la Biblioteca de la abadía de Montserrat por permitir que se fotografíe el ejemplar que conservan del libro de César Vallejo, imágenes que se incluyen en esta edición.

Asimismo a Gerardo Chávez por ser parte de este proyecto y permitirnos la reproducción de su obra.

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-4158-86-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2018-09073

Todos los derechos reservados. La reproducción parcial o total de esta obra en cualquier tipo de soporte está prohibida sin la autorización expresa de los editores.

España,
aparta de mí
este cáliz

César Vallejo



FONDO EDITORIAL
Universidad César Vallejo

Introducción

José Antonio Mazzotti

Tufts University

Lo que el lector tiene entre manos constituye un verdadero acontecimiento editorial: la primera edición peruana, en formato autónomo, que reproduce la edición príncipe de *España, aparta de mí este cáliz**, el tremendo libro de César Vallejo sobre la Guerra Civil española, pero, especialmente, sobre la posibilidad de una humanidad nueva a partir de la solidaridad y la justicia.

La edición facsimilar del 2012 es fruto del cariño por la poesía y la tenacidad del catedrático y poeta costarricense Alan Smith Soto, quien me ofreció el privilegio de presentarla en Boston, justamente en el mes de abril del 2013, en que se cumplieron 75 años de la muerte de César Vallejo en París. Como sabemos, el poeta tuvo una vida azarosa y profesó una militancia política que le costó enormes sacrificios y decepciones. Tenía apenas 46 años en 1938 cuando lo asaltó una enfermedad que aún no se ha llegado a determinar. Algunos hablan de paludismo, otros hasta de sífilis o de gonorrea, otros más de simple hambre, esa hambre que lo acompañaría como un perro fiel toda su vida, pero especialmente en Francia, adonde fue a residir desde 1923 con lapsos notables en España y la Unión Soviética.

**España, aparta de mí este cáliz. Poemas*. Prólogo de Juan Larrea. Dibujo de Pablo Picasso. [Edición al cuidado de Manuel Altolaguirre] (Montserrat: Ediciones del Comisariado de Cultura del Ejército Republicano, 1939). Reproducida en Madrid: Ediciones Ardora, 2012, con Epílogo de Alan Smith Soto. La presente edición se basa en esta última. Para mayores detalles sobre la edición príncipe, ver la nota de Paolo de Lima en este mismo volumen.

El original de *España, aparta de mí este cáliz* se terminó de imprimir el 20 de enero de 1939 como parte de una colección que dirigía Manuel Altolaguirre en apoyo a la República española. En esas mismas prensas de las Ediciones Literarias del Comisariado del Ejército del Este habían aparecido ya *España en el corazón*, de Pablo Neruda, y *Cancionero menor para los combatientes*, de Emilio Prados. La edición del libro de Vallejo se hizo a través de Georgette Philippart, la viuda del poeta, quien entregó dos copias mecanuscritas del libro al entrañable amigo de Vallejo, el poeta creacionista Juan Larrea, después de muerto su esposo el 15 de abril de 1938. Larrea se encargó de tramitar la publicación con Altolaguirre, quien dirigía entonces la editorial que el ejército republicano había montado en el viejo Monasterio de Santa María de Montserrat, que tenía una imprenta desde épocas del Renacimiento.

A los seis días de terminada la impresión, el ejército de Francisco Franco entró en la zona y se encargó de destruir cualquier indicio de propaganda republicana. Se pensó, pues, por mucho tiempo, que los ejemplares de *España, aparta de mí este cáliz* no habían llegado a circular y que, por lo tanto, el libro se había perdido. Quizá así lo pensó la propia Georgette Philippart, quien se encargó en julio de 1939 de confeccionar en París una edición con los poemas inéditos de Vallejo bajo el título algo arbitrario y general de *Poemas humanos* en colaboración con el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea. En esa edición parisina, *España, aparta de mí este cáliz* aparece como sección final, aunque con algunos cambios en el orden de los poemas y variantes que hasta hoy mantienen ocupados a los vallejólogos. Por su lado, Juan Larrea, ya en el exilio

en México en 1940, hizo su propia edición de *España, aparta de mí este cáliz*, respetando el orden del manuscrito que sirviera para la edición de Montserrat.

El misterio de la edición príncipe empezó a resolverse cuando Juan Gilabert descubrió un ejemplar completo en la biblioteca del Monasterio en 1978, y luego el estudioso español Julio Vélez descubrió otros más y se animó a incluir la primera edición “facsimilar” en su libro *España en César Vallejo*, de 1984, hoy agotado. Sin embargo, el formato y rasgos de distribución en páginas impares, como en el original, se conservan mejor y más fielmente en la edición independiente realizada por Alan Smith.

Ahora bien, ¿cómo encaja *España, aparta de mí este cáliz* en el conjunto de la obra vallejana y en el contexto de la Guerra Civil española? Para empezar, subrayemos lo obvio. El título es una modificación de las palabras de Cristo en Getsemaní: “Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz, sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú”, en Mateo 26, versículo 39. El pasaje también aparece, con ligeras variantes, en Lucas 22 y en Marcos 14. Vallejo reemplaza a Dios Padre por la figura de España, transfigurándola implícitamente en una especie de Cristo secular y politizado. A la vez, eleva la figura de la España republicana y socialista a la categoría de madre universal, gesto que no es muy extraño si nos remitimos a la trayectoria de Vallejo desde sus años en el Perú. Me explico.

César Vallejo, el gran poeta peruano universal, como suele llamársele, no lo es menos por haber nacido en la casi inaccesible ciudad de Santiago de Chuco en el departamento de La Libertad, a cerca de 3,100 metros de altura, que por haber vivido en París y por

haber dejado constancia de un acontecimiento de trascendencia internacional como la Guerra Civil española. Por lo contrario, es imposible explicarse la universalidad de Vallejo (y, por supuesto, su peruanidad) sin remontarse a los años formativos del poeta, a sus orígenes mestizos, a su conocimiento directo del mundo andino. Fue durante sus primeros dieciocho años de vida, antes de partir a Trujillo para matricularse en la Universidad, y a lo largo de varias visitas a su pueblo natal antes de su viaje definitivo a Europa en 1923, que Vallejo fue forjando de manera profunda y duradera lo que se ha llamado una "sensibilidad andina". Aunque es difícil definir este concepto como algo unívoco, no hay duda de que la nostalgia por el terruño, por los primeros amores, por la comunidad familiar, por el "burro peruano del Perú (perdonen la tristeza)", por la figura omnipresente de la madre, permean toda su poesía hasta sus últimos años.

Nacido en 1892 como el menor de once hijos en una familia modesta, pero muy respetada (su padre había sido autoridad local), César Abraham Vallejo Mendoza sin duda se convertiría en el mimado de sus hermanos y sus padres. Estos eran mestizos netos, hijos naturales de mujeres chimúes y de sacerdotes españoles. Vallejo, pues, heredaría la sangre de ambos mundos, pero se iría formando culturalmente según sus distintos lugares de residencia a lo largo de su vida. En Santiago de Chuco correría con los demás niños por los caminos de barro; oiría los huaynos de las celebraciones locales; olería el pan fresco de las *watias* y el humo de boñiga que aparecerán esporádicamente hasta en poemas tan ultravanguardistas como los de *Trilce* y los más politizados de *Poemas humanos*. En Santiago de Chuco también conocerá el amor

por primera vez, presumiblemente en la ya legendaria "andina y dulce Rita / de junco y capulí", del poema "Idilio muerto" en *Los heraldos negros*. Al parecer, la misteriosa Rita no sería otra que Rita Uceda, hija de una de las más notables familias del pueblo. Con el correr de los años, Rita se convirtió en la madre del guerrillero Luis de la Puente Uceda, también santiaguino, que constituye hoy, junto con Vallejo, uno de los dos hijos ilustres del lugar.

Pero no todo fue alegría. El poeta presenció la explotación inhumana que sufrían los cerca de 4,000 peones de la hacienda Roma, donde trabajó de ayudante de la tesorería por unos meses en 1912 como una forma de ganarse un ingreso para poder continuar sus estudios universitarios. Ese sufrimiento le despertó la primera conciencia de su compromiso con los pobres del Perú y del mundo. Más tarde, sufrió la pérdida de su madre en 1919, mientras él se encontraba en Lima. Fue un golpe irreparable.

No mucho después, en una visita a Santiago de Chuco, un incidente político le valió persecución y cárcel. Ocurre que en 1920, tras una disputa electoral en el pueblo y durante la celebración del patrón local, el Apóstol Santiago el Mayor, la familia Santa María, una de las más poderosas de Santiago de Chuco, acusó a Vallejo, que apoyaba al bando contrario, de haber instigado el incendio de su almacén. Tras una denuncia y varios meses de persecución, fue arrestado en Trujillo el 6 de noviembre de 1920 por una acusación que, finalmente, carecía de pruebas. Se le dio libertad condicional en marzo de 1921, luego de pasar 112 días de angustia y humillación entre los muros de la cárcel de Trujillo, cuya "bomba aburrida del cuartel[,] achica / tiempo tiempo tiempo tiempo", como escribe en *Trilce II*.

La experiencia carcelaria fue fundamental para concebir la ruptura literaria absoluta que se expresa en *Trilce*, libro que publicaría en 1922. Pese a haber publicado también un libro de cuentos (*Escalas*) y una novela corta (*Fabla salvaje*) a los pocos meses, y de haber recibido los homenajes de desagravio de sus amigos del grupo Norte y otros intelectuales, *Trilce* y la propia figura de Vallejo marcarían un cisma total con el *establishment* cultural peruano. En esa situación fue que salió del Perú, al año siguiente, en 1923, tras el escarnio que recibió por la publicación del audaz *Trilce* y por su precaria condición legal (seguía siendo "comparecente" al salir del país).

Luis Alberto Sánchez, entonces un joven crítico de moda que intentó mostrarse imparcial en una reseña, no podía dejar de repetir la pregunta "¿Por qué habrá escrito *Trilce* Vallejo?". Y José Santos Chocano, coronado como "poeta nacional" en 1922, se refería al autor santiaguino como "el poeta sin poemas", mientras Alberto Ureta, autor de *Rumor de almas*, leía fragmentos del libro en sus clases del colegio Guadalupe para burlarse abiertamente de Vallejo ante sus alumnos. A toda esta prepotencia capitalina el poeta de *Trilce* se refirió en una carta a Antenor Orrego, su gran amigo y protector, llamándola "risita limeña", en frase que ha quedado como parte de las muchas caracterizaciones de los habitantes criollos de la urbe fundada por Pizarro.

Vallejo, pues, como tantos millones de peruanos, sufrió en carne propia la discriminación e incompreensión de los poderes de turno por sus orígenes andinos, por su amor a la provincia, por su actitud de cuestionamiento a los gustos y modas impostados. En *Trilce* LXV, uno de los más hermosos poemas escritos a la madre

universal, mencionaba su ciudad natal como fuente de amor indispensable: “Madre, voy mañana a Santiago, a mojarme en tu bendición y en tu llanto”. Nunca dejaría de volver.

Ese retorno se da una y otra vez durante sus años parisinos, junto con la religiosidad cristiana que es evidente desde *Los heraldos negros*, su primer libro. En Francia se empapa de lecturas marxistas y se inscribe primero en el Partido Comunista Francés y luego en el Partido Comunista Español. Se interesa por la situación política europea y polemiza con el surrealismo. Viaja a la Unión Soviética tres veces para estudiar de primera mano el sistema socialista. Celebra el triunfo de la República Española en 1931 y participa en Madrid y Valencia en el Congreso de Escritores Antifascistas en junio de 1937. Escribe incansablemente crónicas que le dan escasamente de comer, y también teatro y narrativa. Y, por supuesto, poesía, aunque apenas llega a publicar una segunda edición de *Trilce* en 1930 en Madrid y unos seis poemas en diversas revistas. El grueso de su obra poética escrita en el exilio permanecerá inédita hasta la edición de *España, aparta de mí este cáliz* y de *Poemas humanos* en 1939, cuando ya estaba enterrado en suelo parisino, donde aún permanece, hoy en el cementerio de Montparnasse.

El retorno a la madre es a la vez una exploración por el sentido de la existencia y de la propia identidad humana. Lo vio bien Juan Larrea cuando escribe en su Prólogo a la edición príncipe:

Madre y muerte son precisamente los temas que centran la obra poética de Vallejo. Muchas veces antes de ahora he pensado que el tono tan profundo, tan inaudito y pujante con que [en] los labios de Vallejo resonaba el recuerdo de su madre muerta, de su “muerta inmortal”, encerraba

poéticamente una resonancia extranjera, por su magnitud, a la realidad particular del individuo. Parecíame que por su lengua se expresaba proféticamente el contenido espiritual de una gran masa humana, de la cual ese tema fuera el denominador común, ya que si las razas que poblaban el continente americano fueron ganadas a la civilización pre-universal por obra española, fueron dejadas por ella a medio granar, en ese comprometido instante en que la criatura no puede valerse por sí misma, en poder de un mundo inicuo cuyo sistema económico-social exige [*sic*], en beneficio de sus clases privilegiadas, que la mentalidad de los más no adquiera desarrollo sino en la parva y desalmada medida en que sirve mejor a los intereses de aquel estado de cosas. Así pues, me parecía que en el sentimiento que despertaba en Vallejo el nombre de su madre, se manifestaba la presencia verbal e impersonal de la entidad poética que se ha dado en llamar Madre España (11).

Basta recordar el poema XIV, que en ediciones posteriores se colocó al final del libro con el número XV, el célebre poema que da título al libro, en que dice “Niños del mundo, / si cae España –digo, es un decir– si cae / del cielo abajo su antebrazo que asen, / en cabestro, dos láminas terrestres; / niños, ¡qué edad la de las sienas cóncavas! / ¡qué temprano en el sol lo que os decía! / ¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano! / ¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!”, y, luego, “si la madre / España cae –digo, es un decir– / salid, niños del mundo, id a buscarla!”, para entender la dimensión cosmogónica que Vallejo le otorga a la causa republicana y socialista.

El libro, por supuesto, tiene muchísimos otros aspectos valiosos ya bastante estudiados por prominentes críticos, que han identificado la nostalgia de la oralidad primordial (como Antonio Cornejo Polar sobre el poema [III] de Pedro Rojas), o los intertextos con la prensa anarquista española de los años 30 (como Julio Ortega, que identifica acertadamente a los “dinameteros” nietos de Quevedo como comandos anti tanques del ejército republicano), o la dimensión épica (como José Pascual Buxó), o el profundo sentimiento religioso de su visión política (como George Lambie) entre algunos de sus elementos fundamentales. A estos acercamientos se añade el esclarecedor Epílogo que Alan Smith adjunta a la edición facsimilar del 2012, en que subraya la prosodia del rezo que subyace a varios de los poemas y las conexiones con las artes plásticas, particularmente con el “Guernica” de Picasso.

El libro es, además, un recorrido geográfico que va enumerando los lugares donde la muerte pisa más fuerte, desde Extremadura hasta Durango, Toledo, Teruel y Miranda del Ebro, pero es también la apuesta por un mundo superior, por el que luchan los milicianos y “voluntarios de la República”: “Sólo la muerte morirá”, nos dice, “y trabajarán todos los hombres, / engendrarán todos los hombres, / comprenderán todos los hombres”. El “Himno a los voluntarios de la República”, el primer poema del libro de donde extraigo estos versos, es quizá el más alto testimonio de la admiración por la entrega incondicional a una causa profundamente humana y democrática. La sociedad derivada del socialismo vencerá a la muerte, las enfermedades, la soledad humana; en suma, se instaurará el reino de los cielos en la tierra:

vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!

¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!

[...]

¡Unos mismos zapatos irán bien al que asciende
sin vías a su cuerpo
y al que baja hasta la forma de su alma!
¡Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
¡Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
¡Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
¡Serán dados los besos que no pudisteis dar!
¡Sólo la muerte morirá! ¡La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

Y continúa con una evidente divinización del miliciano:

¡Obrero, salvador, redentor nuestro,
perdónanos, hermano, nuestras deudas!

Será, pues, gracias a la entrega heroica de los milicianos –al estilo de Cristo– y de los seres humanos que logran un alto nivel de ética y responsabilidad, amparando a los más débiles, que la muerte será superada y se retornará a una presunta Edad de Oro. Recuérdese, en ese sentido, también el poema “Masa”, en que la humanidad entera se une para volver a la vida el cadáver de un combatiente, retomando la parábola de Lázaro.

Vallejo escribió estos quince poemas entre setiembre y diciembre de 1937, luego de dos visitas a España una vez estallada la Guerra Civil en julio de 1936, alternándolos con varios de la colección que luego Georgette Phillipart bautizaría con el nombre de *Poemas humanos* (ver Hart 312-314). El sistema poético de Vallejo presenta, en consecuencia, no solo una elocuente toma de posición política en favor de la República, sino también una visión del mundo que contradice el tiempo de la racionalidad occidental. Vallejo plantea un tiempo detenido, en que la vida eterna adquiere preponderancia, retomando el mito cristiano de la resolución tras del Juicio Final. Sin embargo, no se trata de una visión metafísica de la vida, sino de su materialidad en este mundo, aunando así marxismo y cristianismo en una curiosa y fecunda simbiosis conceptual.

A la vez, y paralelo a los valores y temas que Vallejo pone en discusión, algo que suele pasar desapercibido en las lecturas sobre este notable poemario es el cuidado de la forma que Vallejo

tuvo para lograr una impresionante efectividad retórica. Pese a lo apasionado de los poemas y del tono exaltado de muchos versos, Vallejo nunca dejó de ser el cuidadoso y consciente orfebre que había revelado ser ya desde *Los heraldos negros*. En todos los poemas (y lo mismo puede decirse de *Poemas humanos* y hasta de *Trilce*) abundan los endecasílabos, heptasílabos y alejandrinos. Basta una ligera revisión del poema I para comprobarlo:

Voluntario de España, miliciano [11 sílabas]
de huesos fidedignos, [7] cuando marcha a morir tu corazón, [11]
cuando marcha a matar con su agonía [11]
[...]

refluyen mis instintos a sus sogas, [11]
humea ante mi tumba la alegría [11]
[...]

¡Combatiente que la tierra criara, armándote [14]
de polvo, [3]
calzándote de imanes positivos, [11]
vigentes tus creencias personales, [11]
distinto de carácter, íntima tu férula,[14]
el cutis inmediato, [7]
andándote tu idioma por los hombros [11]
y el alma coronada de guijarros! [11]

La lista podría alargarse por varias páginas si incluyera los otros poemas del conjunto. Este respeto por la sonoridad clásica de la poesía castellana muestra un amplio dominio de las formas

tradicionales; sin embargo, la alternancia de ritmos silábicos y acentuales (en la sexta y décima sílabas como campanadas recurrentes) asegura la maestría de una voz con una sensibilidad nueva, marcadamente moderna, que no abandona por eso su vinculación con la oralidad y por lo tanto su comunicabilidad con el pueblo.

La profundidad de los temas va de la mano, pues, del virtuosismo formal. A la alta ideología corresponden una alta moral y una alta factura verbal. Es como si Vallejo creara en el mundo literario la realidad que el mundo exterior aún no tenía. En tal sentido, *España, aparta de mí este cáliz* constituye un adelanto de la sociedad comunista, en que se logra la identificación entre autor y lector en una sola entidad a través de la política, la ética y la estética, sin olvidar la poderosa comunión emocional. Por esta y muchas razones, el libro constituye una de las muestras más ricas de poesía moderna en español y una de las reivindicaciones más elocuentes de la dignidad humana frente a la adversidad de la guerra y las fuerzas opresoras del fascismo.

La presente edición prolonga esos valores al entregar a los lectores peruanos, en su versión original, estos poemas de profundidad humana.

Bibliografía

Buxó, José Pascual. *César Vallejo: crítica y contracrítica*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte, 1994.

González Vigil, Ricardo. *Claves para leer a César Vallejo*. Lima: Editorial San Marcos, 2009.

----- . *César Vallejo*. Lima: Brasa, 1995.

Hart, Stephen. *César Vallejo. Una biografía literaria*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014. Traducción de Nadia Stagnaro de *César Vallejo: A Literary Biography* (Woodbridge: Tamesis Books, 2013).

Lambie, George. "Poetry and Politics: The Spanish Civil War Poetry of César Vallejo". *Bulletin of Hispanic Studies* 69, 2 (1992): 153-170.

Ortega, Julio. *César Vallejo. La escritura del devenir*. Madrid: Taurus, 2014.

A propósito de la presente edición

Paolo de Lima

Universidad de Lima / Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Dado que representa mejor la voluntad de Vallejo, hemos optado por reproducir la edición príncipe de *España, aparta de mí este cáliz* (abadía de Montserrat, Barcelona, 1939), poemario “impreso por vez primera por soldados de la República durante la terrible guerra que es su materia, y el último acto creativo de su autor” (135), como apunta el estudioso Alan E. Smith, quien estuvo a cargo de la edición facsimilar publicada el 2012 en Madrid, y sobre la cual nos basamos. Repasemos aspectos puntales relativos a esta histórica edición, “ciertamente apasionante”, como señala el propio Smith, cuya información y opiniones sintetizamos a continuación, así como las de Juan Larrea, Julio Ortega, Raúl Hernández Novás, Antonio Cornejo Polar y Luis Alberto Castillo.

Tal y como detalla Smith, Vallejo escribe *España, aparta de mí este cáliz* “entre julio y diciembre de 1937, y lo corrige y ordena en los dos o tres primeros meses de 1938, justo antes de su decaimiento físico el 13 de marzo de ese año, que le llevaría a la muerte en París, el 15 de abril, viernes santo, de 1938” (135–136). Poco tiempo después del fallecimiento de Vallejo, Georgette “entrega a Juan Larrea dos copias en limpio, a todas luces idénticas; una de las cuales viaja, por conductos desconocidos, hasta el mismo monasterio de Montserrat, en cuya imprenta, a cargo de Manuel Altolaquirre, se acabará de imprimir el 20 de enero de 1939, según reza el colofón” (150). Se

trata de las Ediciones Literarias del Comisionado del Ejército del Este, nada menos, cuyos soldados republicanos fabrican el papel, componen el texto y mueven las máquinas para que los libros sean posibles. Como ha escrito Juan Larrea (citado por Smith), el libro fue “compuesto y terminado de tirar por los soldados del frente aragonés, inclusive con sus tapas impresas en color verde como sus iniciales, y en papel de trapo fabricado también por los soldados” (694).

Julio Ortega ofrece más detalles sobre aspectos concretos del poemario en tanto objeto: “Estuve en el verano de 1985 en la abadía para ver este legendario libro, hasta ahora el único existente comprobable. Manuel Altolaguirre había dicho en una carta que el papel que se usó fue hecho de trapo, y que se había incluido ‘una bandera enemiga y la camisa de un prisionero moro’. No faltó quien viera incluso el uniforme de un general franquista. El papel es rústico, casi transparente, y solo se podía imprimir por un lado. La portada declara que es un libro póstumo al incluir el año de muerte del poeta” (168). Ortega añade una observación fundamental. Él afirma que esta edición “permite concluir críticamente que Vallejo, en efecto, había preparado un manuscrito para la imprenta y que, por lo mismo, esta debe ser considerada, salvadas las erratas, la edición canónica” (169). Se trata, pues, como destaca a su vez Raúl Hernández Novás, de “un libro con unidad en sí, revisado y ordenado por el autor, quien lo preparó para la imprenta” (xii).

Antonio Cornejo Polar señalaba cómo en la confección de este libro “es como si de pronto se hubiera cumplido el sueño de los mejores vanguardistas, de reintegrar arte y vida” (240). Luis Alberto Castillo, por su parte, y buscando “establecer los alcances

que esta edición tiene dentro de la obra de Vallejo” (88), coincide con la apreciación de Cornejo Polar. “Basta imaginar a los mismos Voluntarios de la República imprimiendo los versos que relatan sus propias hazañas y esperanzas. De ahí que sea posible vislumbrar en este gesto la consumación de la utopía vanguardista de ligar vida y arte, de organizar, a partir del arte, una *nueva praxis vital*” (89), señala. Y añade: “Vallejo, siendo absolutamente consecuente con sus críticas en torno a una poesía de pijama y a puertas cerradas, se lanza en sus últimos meses de vida a la elaboración de *España, aparta de mí este cáliz*, en donde consumará su proyecto poético no solo de proletarizar la poesía, sino de devolverle a las palabras su contenido social universal” (89-90).

En total son tres los poemarios publicados por Altolaguirre para las Ediciones Literarias del Comisionado del Ejército del Este. Además de *España, aparta de mí este cáliz* la imprenta elabora *España en el corazón*, de Pablo Neruda, del cual publica dos ediciones, la primera el 7 de noviembre de 1938 con 500 ejemplares numerados, y la segunda el 10 de enero de 1939 con 1500 ejemplares sin numerar, y *Cancionero menor para los combatientes* (1938) del poeta español Emilio Prados, perteneciente a la generación del 27. Sobre esta trascendental experiencia editorial, Marco Aurelio Torres H. Mantecón ha escrito un documentado artículo (ver bibliografía).

¿Qué destino tuvo la segunda copia de *España, aparta de mí este cáliz* que Georgette entregara a Larrea? Pues sirve para la segunda edición del poemario, publicado por el propio Larrea tan solo un año después, en 1940, en México (una reedición apareció en 1961 en Lima). Como deja en claro Alan E. Smith, Larrea “utiliza a todas luces una copia en limpio idéntica a la que se había utilizado para

la edición princeps, de Montserrat. Esta edición de Larrea mantiene la ordenación de los poemas exactamente igual a la edición de Montserrat” (151). Y añade que “puesto que la copia idéntica que publica Juan Larrea en febrero de 1940 también ordenaba el libro como la edición princeps, no cabe duda de que ambas copias en limpio en que se basaron Altolaguirre, en enero de 1939, y Larrea, en 1940, indicaban ese ordenamiento” (153).

Es debido a la creencia de que los franquistas destruyeron la edición del poemario vallejianos en su integridad, que Larrea sostiene en 1978 que su edición de 1940 es una “edición reemplazante de la aniquilada por la ofensiva enemiga que rompió el frente” (694). Y es que, como indica Smith, por lo menos hasta 1984, “fecha de la publicación del libro *España en César Vallejo* (que contiene en su primer tomo, págs. 173–233, una reproducción de esa primera edición del Ejército del Este), de Julio Vélez y Antonio Merino, con quienes todos los lectores y estudiosos de Vallejo tenemos una gran deuda, se desconocía por el gran público que hubiese algún ejemplar de la edición princeps de *España, aparta de mí este cáliz* en el lugar de su impresión, el monasterio de Montserrat, si bien, como ellos dejan claro, ya hacia la década de los 70 hubo barruntos de que no todos los ejemplares habían sido destruidos por las tropas triunfadoras” (152). Efectivamente, por lo menos desde 1973 existen cartas y testimonios de ex milicianos que participaron en la impresión del poemario y quienes dieron fe sobre la existencia del mismo.

Ese mismo año de 1939, específicamente en el mes de julio, en París, Georgette (con el apoyo del historiador Raúl Porras Barrenechea), sin conocer que ya había aparecido la edición de

Montserrat, publica la poesía de Vallejo escrita en Europa, *Poemas humanos (1923–1938)*, e incluye *España...* Tal y como comenta Ortega: “Sin que nunca se haya sabido por qué, el ordenamiento de esta edición parisina de los quince poemas de *España, aparta de mí este cáliz* confunde totalmente la secuencia de los poemas” (151). Larrea también expresa que “en la distribución de los poemas imperó el mayor desbarajuste” (695). Mientras que Hernández Novás subraya que “la tipografía de la imprenta francesa donde se editó el libro carecía, según Georgette, de los signos de puntuación propios de la ortografía española y en consecuencia no respetan los originales en lo que a puntuación se refiere” (xiii). Por último, Ortega advierte que “los manuscritos que tenemos en el hospicio de San Juan de Lurigancho, en Lima, y que aparecieron facsimilarmente en la edición limeña de 1968, a cargo de Georgette Vallejo y Abelardo Oquendo, son probablemente un penúltimo estadio, por la simple razón de que es imposible que se pudiese componer un libro a partir de esos originales” (169–170).

Salvadas algunas erratas, la presente edición respeta la secuencia original de los poemas; es decir, no sigue la ordenación (hoy consensual) de los dos últimos poemas de *España, aparta de mí este cáliz*. Como precisa con relación a esto último Alan E. Smith: “Ambas ediciones, la de Montserrat en 1939 y la de México en 1940, como se verá en 1968, cuando se publiquen reproducciones de los originales mecanografiados, con correcciones y numeración a lápiz (es decir, un estadio anterior sin duda a las copias en limpio usadas por Altolaquirre y Larrea), situaban los dos últimos poemas en un orden inverso frente a este manuscrito mecanografiado: el poema numerado como el XIV en este manuscrito mecanografiado

corregido, había sido publicado como el XV, y el XV como el XIV” (151-152). En suma, el lector puede, pues, sentirse orgulloso de tener consigo una edición de *España, aparta de mí este cáliz* que parte de la que Vallejo personalmente preparó en forma de manuscrito y que los milicianos de la República confeccionaron con sus propias heroicas y revolucionarias manos para la mítica imprenta del Ejército del Este.

Bibliografía

Castillo, Luis Alberto. “César Vallejo y la maquinaria de producción poética: consumación de la utopía vanguardista”. *Vallejo 2014. Actas del Congreso Internacional Vallejo Siempre*. Gladys Flores Heredia, Ed. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2015. 79-97.

Cornejo Polar, Antonio. “Apertura”. *Escribir en el aire*. Lima: Editorial Horizonte, 1994. 235-45.

Ortega, Julio. *César Vallejo. La escritura del devenir*. Lima: Taurus, 2014.

Torres H. Mantecón, Marco Aurelio. “Poetas en Guerra: Neruda, Prados y Vallejo en un curioso sello editorial: las ‘Ediciones Literarias del Comisionado del Ejército del Este’ (1938-1939)”. *Congreso de la Guerra Civil Española 1936-1939*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.

Vallejo, César. *España, aparta de mí este cáliz*. Facsímil. Epílogo Alan E. Smith. Madrid: Árdora, 2012.

_____. *Poesía completa*. Edición crítica de Raúl Hernández Novás. La Habana: Procultura / Centro de Investigaciones Literarias Casa de las Américas, 1988.

..... *Poesía completa*. Edición crítica y exegética de Juan Larrea. Barcelona: Barral, 1978.

..... *Obra poética completa*. Edición de Georgette Vallejo bajo el cuidado de Abelardo Oquendo. Lima: Francisco Moncloa, 1968.

..... *España, aparta de mí este cáliz*. Lima: Editora Perú Nuevo, 1961.

..... *España, aparta de mí este cáliz*. México: Editorial Séneca, 1940.

Vélez, Julio y Antonio Merino. *España en César Vallejo*. Madrid: Fundamentos, 1984.

ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

Himno a los voluntarios de la República

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,
cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no haber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro con tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza!

Un día diurno, claro, atento fértil
¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes,
por el que iba la pólvora mordeándose los codos!
¡Oh dura pena y más duros pedernales!
¡Oh frenos los tascados por el pueblo!
Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los déspotas
y en el candado, sus bacterias muertas...

¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones ¡Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
de dolores de pueblos con esperanzas de hombres!
¡Muerte y pasión de paz, las populares!
¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámonos!
Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos
y de llave las tumbas en tu pecho,
tu frontal elevándose a primera potencia de martirio.

El mundo exclama: “¡Cosas de españoles!” Y es verdad. Consideremos,
durante una balanza, a quema ropa,
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto
o a Cervantes, diciendo: “Mi reino es de este mundo, pero
también del otro”: ¡punta y filo en dos papeles!

Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo,
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano
tuvo un sudor de nube el paso llano
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros
o a Cajal, devorado por su pequeño infinito, o todavía
a Teresa, mujer, que muere porque no muere
o a Lina Odena, en pugna en más de un punto con Teresa...
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o transmitidos
por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna.)
Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas...

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente,
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo!
¡Liberador ceñido de grilletes,
sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin asas la extensión,

vagarían acéfalos los clavos,
antiguo, lento, colorado, el día,
nuestros amados cascos, insepultos!
¡Campesino caído con tu verde follaje por el hombre,
con la inflexión social de tu meñique,
con tu buey que se queda, con tu física,
también con tu palabra atada a un palo
y tu cielo arrendado
y con la arcilla inserta en tu cansancio
y la que estaba en tu uña, caminando!
Constructores
agrícolas, civiles y guerreros,
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz entornando
con la muerte vuestros ojos;
que, a la caída cruel de vuestras bocas,
vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!

¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre

de vuestras gargantas infaustas!
Descansarán andando al pie de esta carrera,
sollozarán pensando en vuestras órbitas, venturosos
serán y al son
de vuestro atroz retorno, florecido, innato,
ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas y cantadas!
Unos mismos zapatos irán bien al que asciende
sin vías a su cuerpo
y al que baja hasta la forma de su alma!
¡Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
¡Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
¡Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
¡Serán dados los besos que no pudisteis dar!
¡Sólo la muerte morirá! ¡La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

¡Obrero, salvador, redentor nuestro,
perdónanos, hermano, nuestras deudas!
Como dice un tambor al redoblar, en sus adagios:

¡qué jamás tan efímero, tu espalda!
¡qué siempre tan cambiante, tu perfil!

¡Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla
un león abisinio va cojeando!
¡Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho, universal!
¡Voluntarios del sur, del norte, del oriente
y tú, el occidental, cerrando el canto fúnebre del alba!
¡Soldado conocido, cuyo nombre desfila en el sonido de un abrazo!
¡Combatiente que la tierra criara, armándote
de polvo,
calzándote de imanes positivos,
vigentes tus creencias personales,
distinto de carácter, íntima tu férula,
el cutis inmediato,
andándote tu idioma por los hombros
y el alma coronada de guijarros!
Voluntario fajado de tu zona fría,
templada o tórrida,
héroes a la redonda,
víctima en columna de vencedores:
en España, en Madrid, están llamando
a matar, voluntarios de la vida!

¡Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,

a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en alta voz con su caballo
y al perro que dormía en la escalera.
Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado –me cortó posiblemente,
pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote a cuestras con la altura tenaz de sus rodillas...

¡Voluntarios,
por la vida, por los buenos, matad
a la muerte, matad a los malos!
¡Hacedlo por la libertad de todos,
del explotado y del explotador,
por la paz indolora –la sospecho
cuando duermo al pie de mi frente
y más cuando circulo dando voces–
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!

Para que vosotros,
voluntarios de España y del mundo, viniérais,
soñé que era yo bueno, y era para ver
vuestra sangre, voluntarios..
De esto hace mucho pecho, muchas ansias,
muchos camellos en edad de orar.
Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo,
os siguen con cariño los reptiles de pestaña inmanente
y, a dos pasos, a uno,
la dirección del agua que corre a ver su límite antes que arda.

II

Hombre de Estremadura,
oigo bajo tu pie el humo del lobo,
el humo de la especie,
el humo del niño,
el humo solitario de dos trigos,
el humo de Ginebra, el humo de Roma, el humo de Berlín
y el de París y el humo de tu apéndice penoso
y el humo que, al fin, sale del futuro.
¡Oh vida! ¡Oh tierra! ¡Oh España!
¡Onzas de sangre,
metros de sangre, líquidos de sangre,
sangre a caballo, a pie, mural, sin diámetro,
sangre de cuatro en cuatro, sangre de agua
y sangre muerta de la sangre viva!

Estremeño, ¡oh no ser aún ese hombre
por el que te mató la vida y te parió la muerte
y quedarse tan solo a verte así, desde este lobo,
cómo sigues arando en nuestros pechos!
¡Estremeño, conoces
el secreto en dos voces, popular y táctil,
del cereal: ¡que nada vale tanto

una gran raíz en trance de otra!
Estremeño acodado, representando el alma en su retiro,
acodado a mirar
el haber de una vida en una muerte!
¡Estremeño, y no haber tierra que hubiere
el peso de tu arado, ni más mundo
que el color de tu yugo entre dos épocas; no haber
el orden de tus póstumos ganados!
¡Estremeño, dejásteme
verte desde este lobo, padecer,
pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre, y para
que hasta los animales sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo todo un hombrecito!

Luego, retrocediendo desde Talavera,
en grupos de uno a uno, armados de hambre, en masas de a uno,
armados de pecho hasta la frente,

sin aviones, sin guerra, sin rencor,
el perder a la espalda
y el ganar
más abajo del plomo, heridos mortalmente de honor,
locos de polvo, el brazo a pie,
amando por las malas,
ganando en español toda la tierra,
retroceder aún, y no saber
dónde poner su España,
dónde ocultar su beso de orbe,
dónde plantar su olivo de bolsillo!

Mas desde aquí, más tarde,
desde el punto de vista de esta tierra,
desde el duelo al que fluye el bien satánico,
se ve la gran batalla de Guernica.
¡Lid a priori, fuera de la cuenta,
lid en paz, lid de las almas débiles
contra los cuerpos débiles, lid en que el niño pega,
sin que le diga nadie que pegara,
bajo su atroz diptongo
y bajo su habilísimo pañal,
y en que la madre pega con su grito, con el dorso de una lágrima
y en el que el enfermo pega con su mal, con su pastilla y su hijo
y en que el anciano pega

con sus canas, sus siglos y su palo
y en que pega el presbítero con dios!
¡Tácitos defensores de Guernica!
¡Oh débiles!
¡Oh suaves ofendidos
que os eleváis, crecéis y llenáis de poderosos débiles el mundo!

En Madrid, en Bilbao, en Santander,
los cementerios fueron bombardeados,
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno, de las tumbas,
los muertos inmortales, de sentir, de ver, de oír
tan bajo el mal, tan muertos a los viles agresores,
reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron
de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales!

¡Y la pólvora fue, de pronto, nada,
cruzándose los signos y los sellos,
ya la explosión salióle al paso un paso,
y al vuelo a cuatro patas, otro paso
y al cielo apocalíptico, otro paso
y a los siete metales, la unidad,
sencilla, justa, colectiva, eterna!

Málaga sin padre ni madre,
ni piedrecilla, ni horno, ni perro blanco!
Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos
y murió de pasión mi nacimiento!
¡Málaga caminando tras de tus pies, sin éxodo,
bajo el mal, bajo la cobardía, bajo la historia cóncava, indecible,
con la yema en tu mano: tierra orgánica!
y la clara en la punta del cabello: todo el caos!
¡Málaga huyendo
de padre a padre, familiar, de tu hijo a tu hijo,
a lo largo del mar que huye del mar,
a través del metal que huye del plomo,
a ras del suelo que huye de la tierra
y a las órdenes ¡ay!
de la profundidad que te avería!
¡Málaga a golpes, a fatídico coágulo, a bandidos, a infiernazos,
a cielazos,
andando sobre duro vino, en multitud,
sobre la espuma lila, de uno en uno,
sobre huracán estático y más lila,
y al compás de las cuatro órbitas que aman
y de las dos costillas que se matan!
¡Málaga de mi sangre diminuta
y mi coloración a gran distancia,
la vida sigue con tambor a tus honores alazanes,

con cohetes, a tus niños eternos
y con silencio a tu último tambor,
con nada, a tu alma,
y con más nada, a tu esternón genial!
¡Málaga, no te vayas con tu nombre!
¡Que si te vas,
te vas
toda, hacia ti, infinitamente toda en su total,
concorde con tu tamaño fijo en que me aloco,
con tu suela feraz y su agujero
y tu navaja antigua atada a tu hoz enferma
y tu madero atado a un martillo!
¡Málaga literal y malagueña,
huyendo a Egipto, puesto que estás clavada,
alargando en sufrimiento idéntico tu danza,
resolviéndose en ti el volumen de la esfera,
perdiendo tu botijo, tus cánticos, huyendo
con tu España exterior y tu orbe innato!
¡Málaga por derecho propio
y en el jardín biológico, más Málaga!
¡Málaga, en virtud
del camino, en atención al lobo que te sigue
y en razón del lobezno que te espera!
¡Málaga, que estoy llorando!
¡Málaga, que lloro y lloro!

III

Pedro Rojas

Solía escribir con su dedo grande en el aire:
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas»,
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre, Pedro y sus dos muertes.

Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!
Pluma de carne, lo han matado: ¡pasa!
¡Abisa a todos compañeros pronto!

Palo en el que han colgado su madero,
lo han matado;
¡lo han matado al pie de su dedo grande!
¡Han matado, a la vez, a Pedro, a Rojas!

¡Viban los compañeros
a la cabecera de su aire escrito!
¡Viban con esta b del buitre en las entrañas
de Pedro
y de Rojas, del héroe y del mártir!

Registrándole, muerto, sorprendieronle
en su cuerpo un gran cuerpo, para

el alma del mundo,
y en la chaqueta una cuchara muerta.

Pedro también solía comer
entre las criaturas de su carne, asear, pintar
la mesa y vivir dulcemente
en representación de todo el mundo,
y esta cuchara anduvo en su chaqueta,
despierto o bien cuando dormía, siempre,
cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.
¡Abisa a todos compañeros pronto!
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!

Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquel
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con sus células, sus nos, sus todavía, sus hambres, sus pedazos.

Lo han matado suavemente
entre el cabello de su mujer, la Juana Vázquez,
a la hora del fuego, al año del balazo
y cuando andaba cerca ya de todo.

Pedro Rojas, así, después de muerto,
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,

lloró por España
y volvió a escribir con el dedo en el aire:
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas».
Su cadáver estaba lleno de mundo.

IV

Los mendigos pelean por España,
mendigando en París, en Roma, en Praga
y refrendando así, con mano gótica, rogante,
los pies de los Apóstoles, en Londres, en New York, en Méjico.
Los pordioseros luchan suplicando infernalmente
a Dios por Santander,
la lid en que ya nadie es derrotado.
Al sufrimiento antiguo
dansen, encarnizándose en llorar plomo social
al pie del individuo,
y atacan a gemidos, los mendigos,
matando con tan solo ser mendigos.

Ruegos de infantería,
en que el arma ruega del metal para arriba,
y ruega la ira, más acá de la pólvora iracunda.
Tácitos escuadrones que disparan
con cadencia mortal, su mansedumbre,
desde un umbral, desde sí mismos, ¡ay! desde sí mismos.
Potenciales guerreros
sin calcetines al calzar el trueno,
satánicos, numéricos,

arrastrando sus títulos de fuerza,
migaja al cinto,
fusil doble calibre: sangre y sangre.
¡El poeta saluda al sufrimiento armado!

V

Imagen española de la muerte

Ahí pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!
Ahí pasa la muerte por Irún;
sus pasos de acordeón, su palabrota,
su metro del tejido que te dije,
su gramo de aquel peso que he callado... si son ellos!

¡Llamadla! ¡Daos prisa! Va buscándome en los rifles,
como que sabe bien dónde la venzo,
cual es mi maña grande, mis leyes especiosas, mis códigos terribles.
¡Llamadla! Ella camina exactamente como un hombre, entre las fieras,
se apoya de aquel brazo que se enlaza a nuestros pies
cuando dormimos en los parapetos
y se para a las puertas elásticas del sueño.
¡Gritó! ¡Gritó! ¡Gritó su grito nato, sensorial!
Gritará de vergüenza, de ver cómo ha caído entre las plantas,
de ver cómo se aleja de las bestias,
de oír cómo decimos: ¡Es la muerte!
¡De herir nuestros más grandes intereses!

(Porque elabora su hígado la gota que te dije, camarada;
porque se come el alma del vecino)

¡Llamadla! Hay que seguirla
hasta el pie de los tanques enemigos,
que la muerte es un ser sido a la fuerza,
cuyo principio y fin llevo grabados
a la cabeza de mis ilusiones,
por mucho que ella corra el peligro corriente que tú
que tú sabes
y que haga como que hace que me ignora.

¡Llamadla! No es un ser, muerte violenta,
sino, apenas, lacónico suceso,
más bien su modo tira, cuando ataca,
tira a tumulto simple, sin órbitas ni cánticos de dicha;
más bien tira su tiempo audaz, a céntimo impreciso
y sus sordos quilates, a déspotas aplausos.
Llamadla, que en llamándola con saña, con figuras,
se la ayuda a arrastrar sus tres rodillas,
como, a veces,
a veces duelen, punzan fracciones enigmáticas, globales,
como, a veces, me palpo y no me siento.

¡Llamadla! ¡Daos prisa! Va buscándome,
con su coñac, su pómulo moral,
sus pasos de acordeón, su palabrota.
¡Llamadla! No hay que perderle el hilo en que la lloro.

De su olor para arriba, ¡ay de mi polvo, camarada!
De su pus para arriba, ¡ay de mi férula, teniente!
De su imán para abajo, ¡ay de mi tumba!

VI

Cortejo tras la toma de Bilbao

Herido y muerto, hermano,
criatura veraz, republicana, están andando en tu trono,
desde que tu espinazo cayó famosamente;
están andando, pálido, en tu edad flaca y anual,
laboriosamente absorta ante los vientos.

Guerrero en ambos dolores,
siéntate a oír, acuéstate al pie del palo súbito,
inmediato de tu trono;
voltea;
están las nuevas sábanas, extrañas;
están andando, hermano, están andando.

Han dicho: “¡Cómo! ¡Dónde!...”, expresándose
en trozos de paloma,
y en los niños suben sin llorar a tu polvo.
Ernesto Zúñiga, duerme con la mano puesta,
con el concepto puesto,
en descanso tu paz, en paz tu guerra.

Herido mortalmente de vida, camarada,
camarada jinete,

camarada caballo entre hombre y fiera,
tus huesecillos de alto y melancólico dibujo
forman pompa española,
laureada de finísimos andrajos!

Siéntate, pues, Ernesto,
oye que están andando, aquí, en tu trono,
desde que tu tobillo tiene canas.
¿Qué trono?
¡Tu zapato derecho! ¡Tu zapato!

(13 Septiembre 1937.)

VII

Varios días el aire, compañeros,
muchos días el viento cambia de aire,
el terreno, de filo,
de nivel el fusil republicano.
Varios días España está española.

Varios días el mal
moviliza sus órbitas, se abstiene,
paraliza sus ojos escuchándolos.
Varios días orando con sudor desnudo,
los milicianos cuélganse del hombre.
Varios días, el mundo, camaradas,
el mundo está español hasta la muerte.

Varios días ha muerto aquí el disparo
y ha muerto el cuerpo en su papel de espíritu
y el alma es ya nuestra alma, compañeros.
Varios días el cielo,
éste, el del día, el de la pata enorme.

Varios días, Gijón;
muchos días, Gijón;

mucho tiempo, Gijón;
mucha tierra, Gijón;
mucho hombre, Gijón;
y mucho dios, Gijón,
muchísimas Españas ¡ay! Gijón.

Camaradas,
varios días el viento cambia de aire.

(5 Noviembre 1937.)

VIII

Aquí,
Ramón Collar,
prosigue tu familia sog a sog a,
se sucede,
en tanto que visitas, tú, allá, a las siete espadas, en Madrid,
en el frente de Madrid.

¡Ramón Collar, yuntero
y soldado hasta yerno de su suegro,
marido, hijo limítrofe del viejo Hijo del Hombre!
Ramón de pena, tú, Collar valiente,
paladín de Madrid y por cojones; Ramonete,
aquí,
los tuyos piensan mucho en tu peinado!

¡Ansiosos, ágiles de llorar, cuando la lágrima!
¡Y cuando los tambores, andan; hablan
delante de tu buey, cuando la tierra!

¡Ramón! ¡Collar! ¡A ti! ¡Si eres herido,
no seas malo en sucumbir: ¡refrénate!
Aquí,

tu cruel capacidad está en cajitas;
aquí,
tu pantalón oscuro, andando el tiempo,
sabe ya andar solísimo, acabarse;
aquí,
Ramón, tu suegro, el viejo,
te pierde a cada encuentro con su hija!

Te diré que han comido aquí tu carne,
sin saberlo,
tu pecho, sin saberlo,
tu pie;
pero cavilan todos en tus pasos coronados de polvo!

¡Han rezado a Dios,
aquí;
se han sentado en tu cama, hablando a voces
entre tu soledad y tus cositas;
no sé quién ha tomado tu arado, no sé quién
fue a ti, ni quién volvió de tu caballo!

¡Aquí, Ramón Collar, en fin, tu amigo!
¡Salud!, hombre de Dios, mata y escribe.

(10 Septiembre 1937.)

IX

Pequeño responso a un héroe de la República

Un libro quedó al borde de su cintura muerta,
un libro retoñaba de su cadáver muerto.
Se llevaron al héroe,
y corpórea y aciaga entró su boca en nuestro aliento;
sudamos todos, el ombligo a cuestras;
caminantes las lunas nos seguían;
también sudaba de tristeza el muerto.

Y un libro, en la batalla de Toledo,
un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver.

Poesía del pómulo morado, entre el decirlo
y el callarlo,
poesía en la carta moral que acompañara
a su corazón.
Quedóse el libro y nada más, que no hay
insectos en la tumba,
y quedó al borde de su manga, el aire remojándose
y haciéndose gaseoso, infinito.

Todos sudamos, el ombligo a cuestras,
también sudaba de tristeza el muerto

y un libro, yo lo vi sentidamente,
un libro, atrás un libro, arriba un libro
retoño del cadáver exabrupto.

(10 Septiembre 1937.)

X

Invierno en la batalla de Teruel

Cae agua de revólveres lavados!
Precisamente,
es la gracia metálica del agua,
en la tarde nocturna en Aragón,
no obstante las construidas yerbas,
las legumbres ardientes, las plantas industriales.

Precisamente,
es la rama serena de la química,
la rama de explosivos en un pelo,
la rama de automóviles en frecuencia y adioses.

Así responde el hombre, así a la muerte,
así mira de frente y escucha de costado,
así el agua, al contrario de la sangre, es de agua,
así el fuego, al revés de la ceniza, alisa sus rumiantes ateridos.

¿Quién va, bajo la nieve? ¿Están matando? No.
Precisamente,
va la vida coleando, con su segunda sogá.

¡Y horrísima es la guerra, solivianta,
lo pone a uno largo, ojoso;

da tumba la guerra, de caer,
da dar un salto extraño de antropoide!
Tú lo hueles, compañero, perfectamente,
al pisar
por distracción tu brazo entre cadáveres;
tú lo ves, pues tocaste tus testículos, poniéndote rojísimo;
tú lo oyes en tu boca de soldado natural.

Vamos, pues, compañero;
nos espera tu sombra apercebida,
nos espera tu sombra acuartelada,
mediodía capitán, noche soldado raso...
Por eso, al referirme a esta agonía,
aléjome de mí gritando fuerte:
¡Abajo mi cadáver!... Y sollozo.

XI

Miré el cadáver, su raudo orden visible
y el desorden lentísimo de su alma;
le vi sobrevivir; hubo en su boca
la edad entrecortada de dos bocas.
Le gritaron su número: pedazos.
Le gritaron su amor: ¡más le valiera!
Le gritaron su bala: ¡también muerta!

Y su orden digestivo sosteníase
y el desorden de su alma, atrás, en balde.
Le dejaron y oyeron, y es entonces
que el cadáver
casi vivió en secreto, en un instante;
mas le auscultaron mentalmente, ¡y fechas!

(3 Septiembre 1937.)

XII

Masa

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: “No mueras, te amo tanto!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
“No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
Clamando: “¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: “Quédate hermano!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echose a andar...

(10 Noviembre 1937.)

XIII

Redoble fúnebre a los escombros de Durango

Padre polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.

Padre polvo que subes del fuego,
Dios te salve, te calce y dé un trono,
padre polvo que estás en los cielos.

Padre polvo, biznieto del humo,
Dios te salve y ascienda a infinito,
padre polvo, biznieto del humo.

Padre polvo en que acaban los justos,
Dios te salve y devuelva a la tierra,
padre polvo en que acaban los justos.

Padre polvo que creces en palmas,
Dios te salve y revista de pecho,
padre polvo, terror de la nada.

Padre polvo, compuesto de hierro,
Dios te salve y te dé forma de hombre,
padre polvo que marchas ardiendo.

Padre polvo, sandalia de paria,
Dios te salve y jamás te desate,
padre polvo, sandalia de paria.

Padre polvo que avientan los bárbaros
Dios te salve y te ciña de dioses,
padre polvo que escoltan los átomos.

Padre polvo, sudario del pueblo,
Dios te salve del mal para siempre,
padre polvo español, padre nuestro!

Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro.

XIV

España, aparta de mí este cáliz

Niños del mundo,
si cae España –digo, es un decir–
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Si cae –digo, es un decir– si cae
España, de la tierra para abajo,
niños ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!

¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

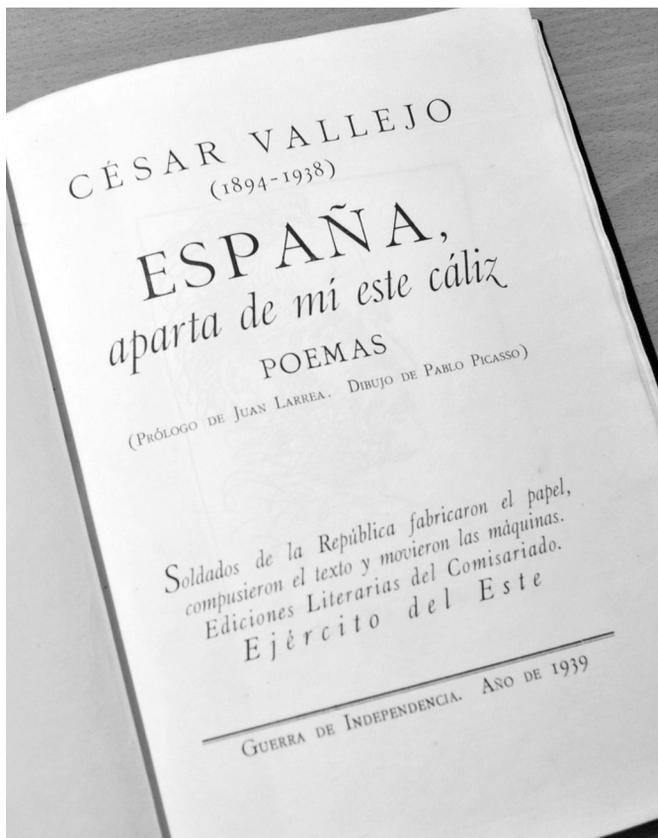
Niños,
hijos de los guerreros, entre tanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!

¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aún
el de las sienas que andan con dos piedras!
¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,

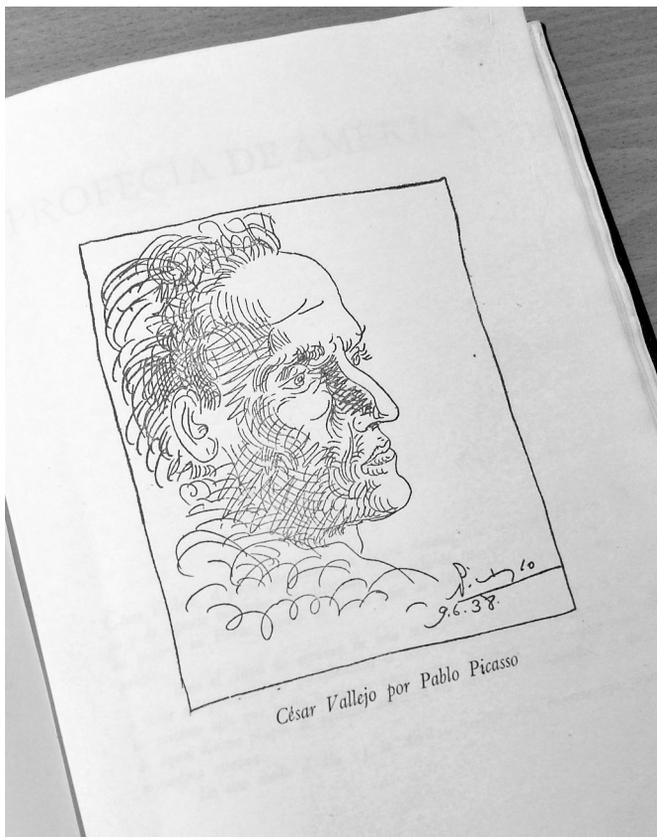
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae -digo, es un decir-
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

XV

¡Cuidate, España, de tu propia España!
¡Cuidate de la hoz sin el martillo!
¡Cuidate del martillo sin la hoz!
¡Cuidate de la víctima a pesar suyo,
del verdugo a pesar suyo
y del indiferente a pesar suyo!
¡Cuidate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!
¡Cuidate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cuidate de los nuevos poderosos!
¡Cuidate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuidate del leal ciento por ciento!
¡Cuidate del cielo más acá del aire
y cuidate del aire más allá del cielo!
¡Cuidate de los que te aman!
¡Cuidate de tus héroes!
¡Cuidate de tus muertos!
¡Cuidate de la República!
¡Cuidate del futuro!...



Carátula interior del libro



Dibujo de César Vallejo por Pablo Picasso

Una hora con Vallejo

Juan Manuel Chávez

Universidad de Valencia

Esta confesión tiene su semilla a sesenta kilómetros de la abadía de Montserrat en calle de Grau i Torras, en Barcelona. El poeta e investigador peruano Paolo de Lima, de visita en la ciudad y llegado de Alicante, me habló de la edición príncipe de *España aparta de mí este cáliz*, conservada en la biblioteca de ese referente cultural y turístico de Cataluña.

Proclama Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado* que “la memoria es siempre anacrónica”; empero, su anacronismo no implica que sea cautiva de las imprecisiones. Recuerdo con exactitud que la conversación con Paolo fue un viernes de marzo, tarde soleada aunque otoñal. Lo que hice fue llamar a la biblioteca de la abadía para preguntar algo urgente: ¿podríamos ir al día siguiente a recorrer el lugar y tentar la posibilidad de contemplar el Vallejo impreso en 1939?

No suelo visitar los santuarios de escritores, ya sean las tumbas en las cuales fueron enterrados o las casas donde limpiaron la tierra de sus zapatos desde niños; por ello, en ninguna de mis visitas a París me he dirigido al cementerio de Montparnasse para ver la tumba de Vallejo o alguna otra dirección clásica de los mapas literarios. Mi adhesión está encaminada a la obra, con un fetichismo afincado en los libros y su devenir editorial; todo esto, por encima de los restos mortales en un camposanto o los retazos de biografía

en museos de lo vivido, donde sobra la impostura. Tener entre manos *España aparta de mí este cáliz* se me figuraba como un lance erótico de tremolante impresión.

Entonces, cuando desde la abadía de Montserrat respondieron a mi consulta telefónica con un “imposible”, pues los fines de semana la biblioteca se mantiene cerrada al público, me sentí reconfortado. Avariento de lo sensual, no deseaba compartir el momento del encuentro libresco con nadie más; el poeta e investigador peruano que estaba de paso en casa hasta el domingo por la mañana perdía la oportunidad de estar codo a codo conmigo ante aquella revelación impresa en 1939.

En la misma llamada de aquel viernes, me indicaron que escribiera al correo de la biblioteca para solicitar la visita, poniendo énfasis en el motivo de mi interés. El lunes, mandé el mensaje con el título del libro de Vallejo como asunto: “España aparta de mí este cáliz”; por supuesto, solicitaba contemplar y fotografiar los que tuvieran en su repositorio.

Durante la tarde recibí la respuesta a mi pedido con una explicación que me asombró: solo conservan un ejemplar de aquella primera edición; no dos ni tres o cuatro. El correo incluía una frase tan cordial como asertiva: “Proponga usted un par de días para venir y lo vamos concretando”. Y así fue. Cuadramos un horario y una fecha, también en viernes, para tener ante mí el único ejemplar que se conoce hasta ahora.

En la página 168 de su estudio *César Vallejo: la escritura del devenir*, Julio Ortega cuenta lo siguiente: “Estuve en el verano de 1985 en la abadía para ver ese legendario libro”. En ese entonces yo tenía nueve años; ahora, con cuarenta y uno, iba a procurarme

una experiencia similar. Me recibieron en portería al mediodía y subimos las cinco plantas hasta la biblioteca, destruida en 1811 durante la guerra de independencia contra los franceses y terminada de reconstruir por el arquitecto modernista Josep Puig i Cadafalch, célebre por su Casa Amatller en Paseo de Gracia de Barcelona. Sin embargo, no me dejaron entrar a la biblioteca, de la cual solo pude fotografiar el pórtico cerrado. El ejemplar de César Vallejo me aguardaba en el despacho de enfrente, semejante a cualquier oficina estatal del mundo por sus escritorios, mesas y sillas.

A primera vista, el único ejemplar de la edición inaugural de *España aparta de mí este cáliz* sorprende por un hecho que podría desmerecerlo: la cubierta no es la cubierta original, sino una contemporánea de tono oscuro que en el lomo anuncia: Vallejo. En cambio, el interior sí es un viaje de ocho décadas. El papel de la impresión es grueso, como de 150 gramos, y, a su vez, rugoso como el yute; no diría que es tosco o rústico, pues el color de las hojas tiende al blanco y sin los desgastes con que el tiempo suele castigar a los de mala calidad. Si bien el libro no excede las sesenta y cuatro páginas, por grosor y tamaño se parece a un cuaderno empastado de colegial.

Toda la impresión está en tinta negra, desde la portada hasta el pie de imprenta y el dibujo que contiene el ejemplar. En la portada figura el título del libro con una indicación extra: "Soldados de la República fabricaron el papel, compusieron el texto y movieron las máquinas. Ediciones Literarias del Comisionado del Ejército del Este. Guerra de Independencia. Año de 1939". A partir del pie de imprenta se sabe que el tiraje fue de mil cien ejemplares, aunque se numeraron doscientos cincuenta; y se conoce uno, que no goza de

numeración. El dibujo que se consigna antes de los poemas es uno bastante célebre: aquel icónico que hizo Pablo Picasso de César Vallejo. Destaca, además, un prólogo de Juan Larrea.

Como publicación, lo más notable del ejemplar es el primor con que lo trabajó editorialmente Manuel Altolaguirre, quien en 1938 también se ocupó de Pablo Neruda. Por un lado, están impresas exclusivamente las caras impares del libro; por otro, hay poemas precedidos por una palabra de inicio, que asoma náufraga en el ángulo inferior derecho de la página.

Contemplar el libro y leerlo de nuevo. Fotografiarlo. Cinco imágenes con la cámara fotográfica. Así como fueron sesenta kilómetros hasta Montserrat desde casa, fueron también sesenta los minutos que permanecí ante *España aparta de mí este cáliz*, en la soledad fetichista y extasiada de aproximarme a un objeto único. Único, el ejemplar, pues su autor debe estar en las antípodas de ese concepto ligado a la restricción. Frente al poeta se impone la responsabilidad humanista de fomentar una pluralidad de lectorías; incluso, hacerlo masivo. Vallejo de cualquiera y de todos.

ÍNDICE

Introducción.....	5
A propósito de la presente edición.....	19
ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ.....	27
Himno a los voluntarios de la República.....	29
II	37
III. Pedro Rojas	43
IV	46
V. Imagen española de la muerte	48
VI. Cortejo tras la toma de Bilbao.....	51
VII	53
VIII	55
IX. Pequeño responso a un héroe de la República.....	57
X. Invierno en la batalla de Teruel.....	59
XI	61
XII. Masa.....	62
XIII. Redoble fúnebre a los escombros de Durango.....	63
XIV. España, aparta de mí este cáliz.....	65
XV	68
Una hora con Vallejo.....	71

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Corporación Gráfica LAS S.A.C.
Jr. General Varela 1569, Breña
ventas@las.com.pe
T. 483-7307
Julio 2018 Lima, Perú